

Secretos mercantes de un Príncipe mercante – Gavin Jurgens

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Gallywix: Secretos mercantes de un Príncipe mercante

Gavin Jurgens

Introducción del autor

Eh, camarada, aquí el príncipe mercante Gallywix. Si tienes este libro entre las manos es porque quieres ser como yo. ¿Quién no querría? No existe un goblin vivo más poderoso y peligroso que yo. Puedo darte todo lo que necesitas para alcanzar el éxito.

Pero primero, un amistoso aviso legal vinculante exclusivamente dedicado a ti.

Si estás leyendo esto y no has comprado el libro todavía, estás robando. ¿Acaso crees que hojear es un crimen inocente? ¿Crees que es tu derecho como cliente? ¡Pues estás muy equivocado, sinvergüenza! Los gorriones como tú son los que hicieron que se redujese mi margen de beneficios del año pasado, por lo que he tenido que abstenerme de añadir un ala de mobiliario comestible a mi mansión. Ahora, en vez de los sofás de chocolate con cojines rellenos de crema que me merezco, tengo que conformarme con muebles de seda. ¿Alguna vez has intentado comer seda? ¿Sabes siquiera de dónde procede? ¡De la boca de un gusano, de ahí! Tienes que solucionar esto. Compra mi libro o mis asesinos explosivos te perseguirán como la rata de pantoque ladrona que eres.

¿Qué? ¿No me crees? ¿Nos conocemos? Uno no llega a príncipe mercante lanzando amenazas vacías. El puesto no es hereditario como ese cómodo trabajo de rey que tienen los humanos de piel rosada. Si te digo que treinta y dos espías están observando cómo te muerdes el labio por los nervios, más te valdría creerme, camarada.

No te molestes en mirar a tu alrededor. No los verás. Deja de hacerme perder el tiempo y de poner en peligro tu vida. Veinte mil oros es un precio muy bajo por la historia de mi vida. Y si lees más allá de esta frase sin comprar el libro, dedicaré cada milímetro de mi imperio a destruirte. ¿Me entiendes?

Bien. Pues ahora, paga al maldito vendedor.

¿Ya lo has hecho? ¿Seguro? Genial. Bueno, gracias por comprar mi libro, perdedor. ¿Quieres ser príncipe mercante? Yo quiero un ejército de atracadores viles que lleven mi

cara pintada en los puños, pero las negociaciones con la Legión Ardiente no han llegado a buen puerto; así que supongo que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que queremos.

¿Por qué no puedes ser príncipe mercante? Porque todos los puestos están ocupados por goblins mucho mejores que tú, por eso. Todavía no estás listo, pero no te preocupes. Has acudido al goblin adecuado.

Quizá hayas oído algunos rumores sobre mí. "Gallywix se convirtió en príncipe mercante haciendo explotar, traicionando o incluso vendiendo a todos los que conocía. Cuando el Monte Kajaro entró en erupción, Gallywix poseía el único barco y cobró a los refugiados el módico precio de los ahorros de sus vidas por subir a bordo. Apelotonó a la crema y nata de la aristocracia goblin en la bodega como si sardinas en lata e intentó venderlos a todos como esclavos. Ese monstruo de Gallywix traicionó a toda su raza por un bazillón de macarrones".

¿A que suena horrible?

Pues, ¿sabes qué? Es todo cierto. ¿Por qué iba a mentir? Nunca encubro hechos de los que estoy orgulloso. Si el mundo fuera a partirse en dos mañana, compraría el Portal Oscuro, montaría una cabina de peaje y cobraría a todos los refugiados hasta dejarles los bolsillos vacíos, los dedos sin anillos, los bocadillos sin relleno y con una obligación contractual de construirme un palacio volador en los cielos de Nagrand. ¡Es el estilo goblin! ¡Oferta y demanda! ¡Asúmelo!

Pero, oye. Tú has pagado el precio y esto es lo que recibirás a cambio: los tres secretos del Príncipe mercante más grande que ha conocido este balón de barro. No llevará mucho tiempo desvelarlos. De hecho, si hojeas un poco el libro te darás cuenta de que las últimas trescientas páginas son copias de periódicos viejos y recetas de cecina de pescado.

Lo siento, camarada. No se admiten devoluciones.

Secreto 1: No permitas que nadie se quede con tu trozo del pastel

El día que cumplí diez años, me hice con el negocio familiar de manitas Y con el sindicato del crimen local. Fue más fácil que vender un espejo a un elfo de sangre. Presta mucha atención...

El día de mi cumpleaños empezó como cualquier otra mañana: mi padre casi me mató.

Aunque no era su intención. De hecho, ese era su problema. Nada de lo que hacía salía nunca como habría deseado, un hecho que no hay que tomar a la ligera cuando se trabaja con explosivos. El único taller que pudo montar estaba situado en una zona tan mala de La Barriada, que ni siquiera los recaudadores de impuestos del príncipe mercante Maldy estaban a salvo. El último en atreverse a ir allí se quedó sin botas, le asaltaron, le insultaron y le ataron a un barril de pólvora para luego hacerlo rodar de vuelta hasta el viejo goblin con una educada carta de rechazo encajada entre los dientes.

Papá veía la ausencia de impuestos como un beneficio extra. Yo veía las calles embarradas y la basura irradiada. Hasta las ratas se mudaban. Papá creía que algún día daría la campanada con un invento que sacudiría el mundo. Yo sabía que era cuestión de tiempo que nos hiciera saltar por los aires, así que la noche anterior decidí escaparme y hacerme pirata como mamá.

Pasé toda la noche planeando y haciendo las maletas. Los cinco macarrones que llevaba escondidos en mis botas desgastadas representaban una fortuna para mí. Papá se levantó al amanecer y empezó a trastear por el taller, hablando consigo mismo. Su investigación y proceso de desarrollo constaba de tres fases: optimismo, preocupación y pánico; y la tercera podía hacerte perder unos pocos dedos y casi toda la piel. Estaba en la fase 2,9 cuando cerré mi hatillo y lo escondí debajo de mi colchón enmohecido.

—Vamos —murmuró desde el otro lado de dos paredes delgadas como el papel—. Un poco más ajustado... más ajustado... vaya. Ay, ay. Oh, no. ¡No! ¡Espera! ¡Chaval! ¡Despierta y ponte a cubierto!

Adormilado, levanté la cabeza de la almohada de plomo justo en el momento en el que un oso de peluche de pelo anaranjado y rostro mecánico atravesaba la pared como un cohete. Me vio, emitió un chillido escalofriante y explotó arrojando ráfagas de metralla por todas partes.

Unos pasos sonaron en el lúgubre pasillo y papá apareció en el umbral, apurado. No llamó primero, pero no porque tuviera prisa. El mes anterior el napalm había derretido la puerta.

—¿Estás bien, chaval? ¿Lo has visto? ¡Una prueba perfecta! ¡Combustión horizontal, objetivo fijado, viraje giroscópico y detonación! El sindicato dijo que utilizar microbombas para la navegación y combustible para cohetes para dar impulso fundiría todo el barrio, pero les hemos demostrado que...

Lancé mi almohada hecha trizas al suelo y cayó con un ruido metálico.

—Ese era el único prototipo, ¿no?

—Bueno, sí, pero...

—¿Y los planos fueron...? —pregunté sin terminar la frase para que él pudiera contestar. Tenía un montón de experiencia hablando con él—.

—Robados por un pollo mecánico.

Aquello era una novedad, pero no iba a conseguir que yo perdiera el hilo.

—Así que no puedes construirlo de nuevo, ¿verdad?

Papá abrió la boca para replicar. Después, sus ojos como platos transmitieron horror. Yo asentí. La rutina matutina había terminado. Ya era hora de desayunar y ponerse en camino.

—No importa, chaval. Ahora entiendo los rudimentos. Los explosivos escondidos en objetos encantadores son un mercado completamente inexplorado. ¡Vamos a ser ricos!

—Papá, la única forma de dejar de ser pobres es que nos vueles por los aires — repliqué—.

—Eso no es justo, Jastor. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Algún día nos matarás a los dos, papá. Te creo.

—¡Eh! Hay un montón de chavales goblins ahí fuera que desearían que sus padres fueran manitas. Cuando tenía tu edad, solía soñar que...

—En serio, papá. ¿Otra vez esa historia?

—... mis padres dejarían de palear alcantarillas y harían explotar cosas. La verdad es que me preocupa mucho que digas que tienes miedo de las explosiones. Eso no es muy goblin.

—¡No! ¿Sabes lo que no es muy goblin? Tener un crío y decirle que se vaya 'a jugar'. ¿Sabes cuál es el problema? ¡Que no hay a nadie con quien jugar! Jelky tiene que pasar todo el día trenzando mechas. Druz se levanta al amanecer para mezclar cemento. ¿Sabes lo humillante que es que mi propio padre no me obligue a trabajar para él?

Papá lanzó los brazos al aire y volvió sobre sus pasos por el corto pasillo del taller.

—¿Sabes qué? —gritó—. Por qué no dejas que yo me ocupe del negocio y habrá una galleta Azucarillo aquí para el primer niño que venga y que sea su cumpleaños.

—¡Para hacer negocio tienes que vender cosas de vez en cuando! —le grité, pero no le puse mucho empeño. ¡Azucarillo! ¡Un bocado para el viaje!—

—¿Crees que puedes hacerlo mejor? —me dijo desde el taller—. Puedes intentarlo cuando quie... oh, hola, caballeros.

Parecía que mi padre tenía clientes. Lo interpreté como una buena señal para mi viaje. Si iba a suceder algo tan poco probable como que alguien quisiera comprar algo en el taller de mi padre, entonces no tendría ningún problema para encontrar un barco que me sacara de Kezan. Diablos, incluso quizás pudiera encontrar un tiburón amaestrado que me

llevara a una isla mágica hecha de pastelillos y platino. Avancé ruidosamente por el pasillo en busca de mi galleta.

La pastelería Azucarillo ya no existe. Unos pocos años antes de que los orcos llegaran a Azeroth, aquella pequeña tienda de barrio fue ligeramente bombardeada durante la Segunda Guerra Mercante, asiduamente bombardeada durante la Cuarta Guerra Mercante y fundida durante la Guerra de la Paz. Durante un mes el barrio entero olió a azúcar quemado y a pedazos de cuerpos. Pero la verdad es esta: si nunca has probado una galleta de la pastelería Azucarillo, entonces no sabes lo que es una galleta de verdad. Punto final.

Eran tan grandes que había que sujetarlas con ambas manos y solían estar tostadas en los bordes. Los pedazos de chocolate eran del tamaño de un puño de ogro. Un toque de canela y azúcar cristalizado. Y solo recibía una al año.

Al llegar al final del pasillo me detuve en seco y me escondí en la penumbra. Debería haberlo sabido. No había clientes. Skezzo y sus matones estaban intentando desplumar a mi padre de nuevo.

En La Barriada, hasta los criminales estaban casi en la ruina y la banda de la Calle del Cobre no era una excepción. Todavía puedo ver a ese idiota de Skezzo con sus pendientes de oro falso y elapestoso traje hecho a retales. Lo único que hizo en la vida que valió la pena fue meterse conmigo.

Lanzó a papá contra el banco de trabajo de tres patas y media. Cerca del otro extremo, mi galleta se tambaleó en nuestro único plato. Gruñí entre dientes, pero no era tan orgulloso como para no comerme aquella cosa del suelo si me veía obligado a hacerlo. Tú también lo habrías hecho, créeme.

—¿Qué vamos a hacer contigo, Luzik? —dijo Skezzo—. Nunca nos pagas a tiempo. En realidad, nunca nos pagas. Odiaría tener que enviar a Lumpo aquí mañana para que haga saltar por los aires... —Skezzo no terminó la frase al ver que no encontraba nada más valioso que un montón de dinamita que, como ya te habrás enterado, se supone que explota—.

—Mira, lo siento —dijo papá—. Andamos un poco cortos de dinero. ¡Apenas me alcanza para comprar suministros!

—Y dulces, al parecer —dijo Skezzo mientras pasaba a su lado y alargaba el brazo para coger...—

Mi.

Galleta.

—Págame todo lo que me debes esta noche —insistió llenándose la boca. Migas de valor incalculable llovieron sobre su solapa grasienta—. O te quemaré el taller y te cobraré por las antorchas.

Entonces me vio en el umbral, me guiñó el ojo y salió de allí con aire arrogante, dejando un rastro de migas tras él.

Y ya no pude soportarlo más. Si no hubiera sido por esa galleta, me habría largado de allí para ser un humilde rey pirata de los Mares del Sur y el mundo sería un lugar muy distinto.

Entré estupefacto en el taller. Papá me estaba hablando. Pero no podía oírle porque la sangre zumbaba con fuerza en mis oídos.

Podría haberme ido de Kezan si hubiera querido, pero esa no era la cuestión. Papá había permitido que unos matones de pacotilla le quitaran sus cosas. Yo había permitido que me quitaran la galleta. Ese era el problema. Por eso éramos pobres. Sí, Skezzo tenía una banda. Sí, tenía armas y eran muchos. Pero yo tenía algo que se hinchaba en mi interior como una flota de zepelines al atacar una cabaña gnoll: un código, llenos de bordes afilados y piezas engrasadas. Ese negocio pertenecía a mi padre. Ese negocio era mío. Esa galleta era mía. No culpaba a Skezzo por intentarlo, pero nadie me iba a quitar lo que era mío, bajo ningún concepto.

Diez minutos más tarde estaba al otro lado de la ciudad con uno de los usureros de Skezzo, rodeado de humo de cigarrillo y matones que se sonreían.

—A ver si me he enterado bien —dijo el usurero, riéndose entre dientes—. Debes dinero al jefe, ¿y quieres pedir prestado para pagarlo?

—Sí —respondí—.

—¿Con intereses? —preguntó el usurero mientras le temblaban los labios por el esfuerzo de intentar no carcajearse en mi cara—.

—Los que consideres que son justos —dije muy serio—.

—Vale, mequetrefe —aceptó mientras contaba el dinero—. Pero creo que sé por qué tu padre está metido en líos. Está claro que en vuestra familia no lleváis el sentido del negocio en las sangre.

Lo único que en la sociedad goblin se extiende más rápido que un calendario de las Chicas Polvorilla es la posibilidad de humillar públicamente a alguien. Skezzo regresó esa noche con toda su banda, usureros incluidos. Por toda la Calle del Cobre las puertas se abrieron a medida que nuestros leales vecinos salían para ver cómo el manitas y el inútil de su hijo perdían todo el dinero que les quedaba y eran expulsados de la ciudad. Solo que papá no estaba. Había salido a por otra galleta, que resultaba ser algo muy propio de él: hacer algo con buena intención pero totalmente desencaminado. Aquello ya no tenía nada que ver con galletas.

Skezzo y su banda se detuvieron delante de mí como una terrible punta de flecha.

—¿Tienes mi dinero, chaval? —dijo. Sus secuaces observaban por encima del hombro, ansiosos por ver si yo iba ser tan imbécil como para seguir adelante con aquello—.

—Con intereses —anuncié yo—.

Skezzo me arrebató la bolsa de la mano, me dio unas palmaditas en la cabeza y se marchó tranquilamente calle abajo con su banda. Sí. Ni siquiera contó el dinero. Todavía sigo sin comprender cómo aquel tipo podía estar al mando de algo más complicado que una salchicha.

—Un placer hacer negocios contigo, chaval —me gritó sin darse la vuelta—. Lumpo, lleva la bolsa. Pesa mucho.

—Es por la dinamita —dije voluntarioso—.

Las cámaras no se inventaron hasta años más tarde, pero mataría por una fotografía de Skezzo y sus secuaces mirándome perplejos un segundo antes de que explotara la bomba que había escondida debajo del dinero.

Cuando el humo se desvaneció, la banda al completo se había volatilizado. Con una coordinación que provocaba escalofríos, mis curiosos vecinos miraron el cráter humeante y luego a mí.

Sonreí y apunté al cielo. Cientos de ojos obedecieron y alzaron la vista.

Skezzo, su banda y el dinero en llamas llovían del cielo.

Crucé la calle para llegar al lado de Bezok el ladrillero, caminando con paso vivo animado por los gritos de mis vecinos. Sí, puede que el truco me hubiera costado lo que quedaba del dinero de papá, que había utilizado para cubrir los intereses y pagar la dinamita, pero al final de esa semana, esos cuatrocientos macarrones no serían más que calderilla.

—¡Vaya, vaya! —dijo Bezok mientras un montón de goblins empezaba a asomar por todas las puertas entreabiertas y callejones apestosos para participar en la caza del tesoro más asquerosa del mundo: buscar macarrones que siguieran enteros—. ¡Les has dado una buena lección, chaval! ¡Somos libres!

—No durará —repliqué yo mientras esquivaba un calcetín en llamas sin prestarle mucha atención—. Hay un vacío. En cuanto oigan que Skezzo ya no está, otras bandas vendrán a ocupar su lugar. Tenemos que constituirnos en sociedad para protegernos. Establecer y proteger rutas comerciales.

—¡Sí! —respondió Bezok soñador—. ¡Una idea genial! Quizás algún día podamos...

—No —le interrumpí—. Ven mañana por la mañana y tendré preparado el contrato. Puedes seguir al frente de la producción, ¿vale? Yo me encargaré de la parte aburrida.

—¿Eh? —dijo Bezok sin dejar de parpadear. Había estado concentrado en una ligera nube de macarrones en llamas que iban a la deriva hacia el tejado de su chabola—. Espera, ¿te crees que puedes llevar mi negocio? Escucha, chaval...

—Bum —dije—.

—¿Bum?—, —preguntó Bezok estremeciéndose—.

—Bum.

—¿Por qué dices 'bum'?

—Me gusta decir 'bum' —respondí con esa inquietante serenidad que solo los niños son capaces de conseguir—. Mira, ven a verme mañana por la mañana. Ni siquiera te darás cuenta de que estoy al mando hasta que veas la cantidad de dinero que estás ganando.

Bezok no era un cobarde. Se las veía y deseaba para pagar las facturas. Y es la gente así la que siempre está buscando una forma rápida e inesperada de amasar macarrones.

—¿Sabes qué, chaval? ¿Por qué no? Puedo dejarlo más adelante si quiero, ¿no?

—Claro, redactaré contrato para contemplar esa posibilidad —contesté yo. Lo único que Bezok tendría que hacer era dejarme el negocio a mí, pagarme una tasa de administración de un año y meterse en un traje de oso tres veces a la semana para anunciar la nueva línea de productos encantadores explosivos de papá—.

Dejé a Bezok ocupado sacando una escalera de mano para llegar a la hoguera de macarrones que se había congregado en su tejado y caminé hasta casa lleno de arrogancia. Cuando papá regresó, yo estaba ocupado escribiendo mi primer contrato en letras tan pequeñas que ni siquiera un minúsculo mosquito con gafas podría leerlas. Es muy fácil escribir contratos si te concentras en engañar a los pobres idiotas que van a

firmarlos, y si recuerdas que casi todo el mundo cree que la letra pequeña está ahí para que la leas por encima antes de firmar, en vez de para enseñársela a diez abogados, comprobarla en un juzgado, desmantelarla después palabra por palabra y hacerla explotar en una detonación controlada.

Papá arrastró los pies y se aclaró la garganta.

—Puedo hacerlo mejor —afirmé antes de que él pudiera decir nada. No me hacía falta mirarle la cara para saber que ya se había enterado de lo de la explosión—.

—¿Q-qué? —tartamudeó. Llevaba una bolsa de papel arrugada en la mano—.

—Me has preguntado si creía que podría llevar el negocio mejor que tú. Y puedo. A partir de mañana por la mañana vamos a tener acceso a la pasta de Bezok y a otras cosas a partir de ahí. Pero necesito que firmes esto para que me lo cedas todo mí.

Permaneció en silencio un rato largo. Yo aproveché el tiempo para escribir unas cuantas líneas más.

—Desde luego, eres igualito que tu madre —dijo al final—. Está bien, tienes una semana. Si no obtenemos beneficios suficientes para comprar más dinamita tendrás que dejarlo, ¿de acuerdo?

Sí, él creía que me estaba dejando fracasar para que así pudiera aprender una valiosa lección. A pesar de todo, me dejó solo con mi nueva galleta y mi trabajo. La galleta se puso rancia para el tercer borrador y decidí guardarla como recuerdo. De hecho, todavía la conservo.

Cuando llegó la fecha límite que había establecido papá, la mitad de los negocios de nuestra manzana se habían unido al Conglomerado de la Calle del Cobre. Yo ya me había mudado, pero le envié tres cajas de dinamita, un traje antiexplosivos y un regalo extra.

Sí, tienes razón. Fui un poco blando. Pero recuerda, yo tenía diez años por aquel entonces, genio. Amasé mi primer millón de macarrones por la época en la que pillaste el

Secretos mercantes de un Príncipe mercante – Gavin Jurgens

sklaz por nadar en la mancha de aceite tóxico que rodeaba la Fábrica de Comida Saludable de Garzak Quemavena.

Además, era mi padre. Y yo cuido de todas las cosas que me pertenecen.

Secreto 2: O eres despiadado o eres un alma cándida. No hay término medio

Pasaron los años. No voy a hacerte una lista detallada de todos los negocios de los que me apropié, o que comencé, vendí o destruí. Gané: es lo único que cuenta. Gané todo lo que quería.

No porque tuviera suerte, no. La suerte no existe. La suerte es para perdedores. Si eres lo suficientemente grande, rápido y duro como para hacerte un hueco en el mundo, todos los demás se inclinarán ante ti para darte todo lo que quieres simplemente por la emoción de formar parte de tu éxito.

Bueno, casi todo el mundo. De vez en cuando, se te llevarán por delante otros más grandes, rápidos y duros que tú. Y te derribarán como a un árbol sagrado en la expedición de tala de Ventura y Cía. si no lo haces tú primero.

En la época de la Segunda Guerra, yo era la estrella ascendente de Kezan. Era el presidente del gigantesco Conglomerado de la Calle del Cobre, asesor del sindicato de manitas, goblin jefe de la Coalición Mercante y el segundo tipo más rico del Cártel Pantoque. El príncipe mercante Maldy decidió que quería conocer a su más probable competidor, así que me envió una invitación para la fiesta de cumpleaños de su hija, que se celebraría en su mansión.

El viejo goblin era tan popular como una barra de jabón en un barco pirata. Se rumoreaba que el príncipe mercante Bonvapor estaba forrándose gracias a un supuesto contrato de exclusividad con la Horda. Maldy pensó que si las cosas se ponían feas para la Horda, la Alianza iría después a por nosotros. Había puesto todos sus esfuerzos en controlar el comercio, asegurándose de que Pantoque tenía suficientes suministros y dinero para eludir un bloqueo económico y obligar a los demás cárteles a inclinarse ante él y lamerle las botas.

Buena idea, pero he aquí el problema: al goblin medio no le gusta ser cauto. La cautela es aburrida. Los peces gordos y financieros de Pantoque decidieron que querían a alguien más joven y agresivo que el príncipe mercante Maldy. Adivina a quién.

Seis meses de planear entre bastidores habían conducido a aquella noche mucho antes de que a Maldy se le hubiera ocurrido siquiera lo de la invitación. Todos los ángulos estaban cubiertos y todas las manos habían sido debidamente untadas. Incluso los demás príncipes mercantes habían dado su aprobación en secreto, aunque solo fuera porque les atraía la idea de tener un competidor poco experimentado. El éxito era inevitable: al amanecer, yo sería príncipe mercante.

Caminé por el sendero que llevaba a la mansión de Maldy. Thissy Puntacero, mi asistente personal, me alcanzó corriendo. Años después tuve que despedirla por contratar asesinos para que me mataran en la piscina. Era magnífica.

—He registrado... el escritorio de Maldy, señor —jadeó—. Tenía... la llave escondida debajo de una estatua de un halcón. He encontrado su investigación... sobre lo que están tramando los demás príncipes mercantes.

—Genial —respondí. Maldy se estaba volviendo blando si había empezado a dejar cosas así tiradas por cualquier parte—. ¿Qué están haciendo? Tenemos que copiarles si queremos seguir siendo competitivos.

Thissy rebuscó entre los papeles.

—Formando ejércitos mercenarios.

—Muy práctico. Envía una cesta de regalo llena de oro a los filibusteros de los Mares del Sur.

—¿De metal o de chocolate, señor?

—De chocolate. Van a morderlo de todas formas. Por lo menos que lo disfruten. ¿Qué más?

—Perfumes.

—¿Perfumes?

—Al príncipe mercante Donais le gustan mucho, señor.

—Está bien. Permíteme que te ahorre tiempo. ¿Ves todo lo que hay en esa lista? Contrata a alguien que lo haga para mí. Ahora lárgate. Me esperan en una fiesta.

Thissy asintió una vez y se marchó. Yo me acerqué tres pasos más a la mansión antes de que Riddlevox, director del sindicato de manitas, apareciera de detrás de un arbusto.

—¿Recuerdas el plan? —susurró—.

—Yo ideé el plan —respondí esforzándome por no rechinar los dientes. Lo había basado en la gran debilidad del príncipe mercante Maldy: quería a su hija de verdad. Si eres un príncipe mercante, no puedes permitirte tener familia cercana ni amigos; "amiguete" y "zoquete" suenan parecido por alguna razón. Papá era la excepción, claro. Tenía la misma ambición que la leña mojada. Además, cualquiera que intentara secuestrarlo para amenazarme descubriría bien pronto si un goblin podía ser embutido en un cañón y disparado desde Kezan hasta Bahía del Botín sin sufrir grandes daños—.

—No la cagues, Gallywix —dijo Riddlevox mientras volvía al arbusto—. Y que no se te ocurran ideas extrañas. Quizás empiecen a llamarte Príncipe mercante, pero trabajarás para nosotros, ¿estamos?

—Claro, jefe. —En tus sueños, imbécil—.

El guardia que vigilaba el cotarro en el borde la pista de baile me saludó al pasar con una ligera inclinación de cabeza. Desde hacía dos meses había ido sustituyendo a los guardaespaldas del Príncipe mercante con mis propios mercenarios. Seguí con mi paseo.

¿Alguna vez te ha pasado que todos y cada uno de los asistentes a una fiesta se vuelvan para mirarte y aclamarte? ¿No? Te lo recomiendo. Un centenar de goblins intentaron captar mi atención o invitarme a una copa. Yo les ignoré a todos y recolecté un puñado de hojaldres de langostrok de una bandeja que pasó cerca. Tenía trabajo que hacer.

Nunca antes había visto a la hija del Príncipe mercante, Nessa. Mi investigador me había informado de que, para la fiesta, Nessa había comprado un vestido azul con una horquilla de diamantes con forma de libélula. Había añadido que era "despampanante".

Lo despedí, claro. Pero cuando vi a Nessa desde el otro extremo de la fiesta, me di cuenta de que por primera vez en la vida debía a alguien una disculpa.

Era tan hermosa que podías llegar a pensar que le estaban pagando horas extras por eso. Su piel tenía el color verde del mar profundo y los ojos eran tan oscuros como la medianoche en una mina de esmeraldas. La horquilla de diamantes parecía un accesorio barato en comparación con su reluciente cabello rizado.

Una mano invisible me agarró de los pulmones y me hizo atravesar la multitud hasta llegar a ella. Nadie podía detenerme. Sabía que tenía que recuperar el control; el plan A dependía de que yo consiguiera alejar a Nessa de la fiesta de modo que el escuadrón de secuestro pudiera llevársela. Así Maldy se rendiría sin luchar.

—¿Quieres bailar? —le pregunté mientras arrojaba el plan A por el retrete—.

—¿Por qué no? —respondió ella. Me di cuenta de que me había observado acercarme todo el rato. Estupendo—. Nandirx me aburre sobremanera.

Me la llevé del lado del pequeño banquero desolado hacia el centro de la pista de baile. Charlamos mientras bailábamos, pero no sabría decirte de qué. Me sentía como si estuviera borracho. Mis ambiciones estaban en serios apuros. Si actuaba en contra de su padre perdería mi oportunidad con ella y, déjame que te diga una cosa, su belleza era mucho más asombrosa en las distancias cortas. Tenía que mantener la sangre fría.

—Cásate conmigo —solté—.

Ella rio sarcástica. «Casi no te conozco, señor Gallywix», respondió.

—Eso tiene fácil remedio —repliqué—. Soy...

—El presidente del gigantesco Conglomerado de la Calle del Cobre, asesor del sindicato de manitas, el goblin jefe en la Coalición Mercante y el segundo tipo más rico del Cártel Pantoque —completó ella con media sonrisa—.

¡Había leído mi comunicado de prensa!

—Pero no puedo casarme contigo —continuó—. Sí, a veces has tenido suerte, pero a mí me van los goblins despiadados. Los que asumen riesgos.

Me quedé sin habla durante unos segundos. Sin embargo, no se me da muy bien quedarme sin habla, así que me recuperé enseguida.

Le hablé de mis comienzos. Le puse delante recortes de prensa sobre los misteriosos incendios de hospitales y la extorsión a huérfanos. Le indiqué dónde podría encontrar enterrados los cadáveres. Y a partir de ahí, le conté cosas realmente desagradables.

Ella escuchó con la cabeza inclinada. De vez en cuando, sonreía.

Cuando terminé, se encogió de hombros y dijo: «Supongo que es un buen comienzo».

Qué mujer, ¿verdad? Hasta aquel instante, me había sentido culpable, bueno, en realidad no, sobre el plan B; pero, de pronto, estuve convencido de que esa era la forma de ganármela. Quería un goblin realmente despiadado. ¡Prácticamente me había dado su bendición!

No me di cuenta del barullo que se había armado a mi espalda hasta que un bastón me golpeó un hombro. Mi di la vuelta y... oh, vaya.

—Ah, así que tú eres el que está acaparando a mi hija, joven Gallywix —dijo el príncipe mercante Maldy mientras se apoyaba en su grueso bastón. Su mano, cubierta de pesados anillos de oro, se cerraba sobre el mango que, sospechosamente, parecía una empuñadura—.

En la fiesta se hizo el silencio. Aquellos goblins habían visto muchas puñaladas traicioneras entre las clases altas como para saber que algo estaba a punto de suceder. «Me alegro de conocerte por fin. Haz el favor de no tocar la mercancía». «Lo siento, señor», dije mientras me alejaba de Nessa.

—Gracias. He sabido que mis fuerzas de seguridad quemaron tu fábrica de falsificaciones el mes pasado. Espero que no te lo tomaras como algo personal. Son solo negocios.

—No digas 'solo', señor —repliqué con una sonrisa—. Hace que suene como una disculpa.

Su rostro arrugado compuso una sonrisa amplia y correosa. «Sabía que me caerías bien», dijo. «¿Estás disfrutando de la fiesta de mi hija?»

—¿Su fiesta? —respondí, y señalé a los guardias—. Ya no. Ahora es mi fiesta.

—¿Qué? —adró Maldy con el ceño fruncido—.

—A partir del anochecer de hoy, soy el mayor accionista de la Coalición Mercante a través de cientos de tapaderas y negocios falsos. Podrías comprobarlo, pero he comprado a todo tu equipo de administración, así que no creo que quieras confiar en ellos. Tus fuerzas de seguridad están bajo mi control. He robado la tierra que hay debajo de tu casa. Y has alquilado esos anillos en una de mis tiendas. Estás acabado, Maldy. Estás acabado y todo el mundo lo sabe.

A lo lejos, un loro emitió un graznido. Maldy enrojeció y después pasó a color púrpura cuando miró a su alrededor en busca de un aliado y solo encontró a mis matones cerrando posiciones sobre nosotros como una muralla. Les mantuve alejados con ambas manos. Para impresionar a Nessa, la siguiente fase necesitaba un toque personal.

—Mi cargamento —gruñó Maldy—. La mitad de mi flota está zarpando ahora mismo con un cargamento de armas para la Alianza. Sacaré una fortuna y lo compraré todo de nuevo.

—Me alegro de que lo menciones —dije mientras sacaba un control remoto del bolsillo—. He organizado un pequeño espectáculo para nuestros invitados. Pulsa el botón.

—¡No!

—¿Qué? ¿No te gustan las sorpresas? ¿Tienes miedo? ¡Creía que los príncipes mercantes tenían que tenerlos bien puestos! ¡Pulsa el botón, Maldy!

Mostrando los dientes como un león viejo, Maldy dejó caer el dedo con fuerza sobre el enorme botón rojo.

Abajo, en el puerto, todos los barcos de su flota mercante explotaron en rugientes bolas de fuego siguiendo un perfecto orden alfabético.

Aprovechándome del momento de asombro de Maldy, le cogí el bastón de la mano, saqué la espada que mi investigador me había dicho que contenía y la acerqué a Nessa sin mirarla siquiera.

—Bien. Tienes una hora para salir de Kezan antes de que me cargue a tu hija y te tire de cabeza al Monte Kajaró —dije sin dejar de sonreír a Maldy. Después, me volví para mirar a Nessa—. ¿Te parezco suficientemente despiadado?

Oh. Estaba tan pálida que casi se podía ver a través de ella.

—¿Demasiado? —dije con los ojos entrecerrados—.

Nessa esquivó la espada y se acercó a toda velocidad para cruzarme la cara de una bofetada. Después, apoyó las manos sobre los hombros de su padre y lo guió a través de la perpleja multitud.

Dejé caer la espada y alcé las manos mostrando cuatro dedos, el símbolo goblin para la victoria más aplastante. Los invitados... mis invitados... rugieron de entusiasmo, se abalanzaron sobre mí para darme palmadas en la espalda y felicitarme mientras me deslizaban tarjetas de visita y sobornos en los bolsillos. No miré a los ojos a ni uno.

En vez de eso, observé cómo Nessa guiaba a su padre colina abajo hasta salir de la mansión.

Secreto 3: Si tu plan de jubilación no incluye un palacio, estás haciendo algo mal

Eso fue hace más de veinte años. Quizás te preguntes si tengo remordimientos. Claro, exilié al amor de mi vida a los diez minutos de conocerla y, más tarde, organicé la muerte totalmente accidental del suegro que nunca llegué a tener. Todos los que he conocido en la vida han intentado traicionarme. Estoy solo.

¡JA! Sí. ¡Oh, no, todo lo que tengo son mi riqueza y poder sin límites! ¡Qué trágico! Puedes enviarme dinero para consolarme.

Pero, ¿sabes qué? Todos los años envió a Nessa un cuadro en el que salgo yo disfrutando de mis riquezas. Ella me suele mandar cajas sencillas llenas de explosivos. ¿Quién dice que las relaciones a larga distancia no suelen funcionar?

Tras años de escribir la letra pequeña mis manos suelen agarrotarse con facilidad, así que voy a ir terminando esto. Ahora conoces muchos de mis secretos, pero no te confundas. Nunca podrás ganarme. Nunca ha habido una trampa que yo no haya sabido volver a mí favor. Incluso cuando ese goblin que no voy a nombrar intentó hacer que ese orco bruto, Thrall, me matara; incluso entonces conseguí seguir en lo más alto.

Literalmente. ¿Has visto mi nuevo chabolo? ¿Un palacete en la cima de una montaña en Azshara? ¿Con vistas al mar? ¿Campo de golf de granadas? ¿Bodega secreta para la priva? ¿Tías buenas en la piscina? No, claro que no. Los perdedores tienen la entrada prohibida a mi propiedad.

Pero, oye, no me engaño a mí mismo. Sé que no viviré para siempre. ¿Has mirado por la ventana últimamente? Este planeta tiene más grietas que una cáscara de huevo. Mañana, Azshara podría acabar bajo el mar.

Has comprado mi libro y eso nos convierte en camaradas, ¿no? Bien. De modo que, en el improbable caso de que me sobrevivas, solo necesitas hacer una cosa para dominar a toda la raza goblin.

Ganar.

Eso es todo. Te he dicho que tienes que aferrarte a lo que es tuyo, que seas despiadado y que poseas un palacio donde puedas serlo a conciencia. Pero si quieres ser como yo, chaval, tienes que creer que todo lo que te rodea es tuyo por derecho. Y tienes que hacer lo que sea para conseguirlo.

Así que sal ahí fuera y gana. Engaña a tus amigos y a tu familia, explota a la gente que confía en ti y roba una bonita mansión para ir empezando. Obtén buenos beneficios.

«Pero, ¿cómo me hago rico, príncipe mercante Gallywix?» Buena pregunta, chaval. Desafortunadamente, para eso haría falta otro libro entero y ya te habrás dado cuenta de que no tiendo a dar las cosas gratis.

Te diré esto. Empieza por enviar tu dinero, joyas, delicias fritas y animales exóticos a mi palacete. Cuando decidas que ya has pagado suficiente, te enviaré una copia de Hacerte rico a lo Gallywix. Y tienes mi garantía personal de que ese libro no es ningún timo*.

Espero hacer negocios contigo pronto, camarada.

* El significado de "timo", al que se referirá a partir de ahora como "la palabra", ha sido totalmente definida por el príncipe mercante Gallywix. Cualquier intento de descubrir la definición de la palabra podrá acarrear acciones legales. Cualquier intento de definir la palabra podrá acarrear acciones legales. Cualquier queja sobre este volumen o las recetas para la sopa de aleta de múrloc, la sopa de ojo de múrloc, la sopa de escama de múrloc o la sopa de "no quieras saberlo" de múrloc contenidos en los siguientes veintisiete volúmenes podrá acarrear acciones legales. Cualquier acción legal tendrá como consecuencia una **devastadora** acción legal en represalia. No te metas conmigo, camarada. Tengo una fosa de escórpidos y tú no.